

LAS GALERAS DEL DUQUE DE OSUNA

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Doctor en Historia



RECORDARÁN los lectores de esta REVISTA GENERAL DE MARINA un artículo de ya hace varios años de la serie de *Victorias por mar de los españoles*, titulado «Celidonia y Ragusa», en que se narraban sucintamente estas dos grandes victorias españolas, sobre turcos y venecianos respectivamente, por una escuadra de galeones al mando de Francisco Ribera, y en el que mostrábamos cómo los buques redondos, bien artillados y mejor manejados, se impusieron de forma clara a un número muy superior de galeras turcas o a la escuadra mixta de galeones, galeazas y galeras de los venecianos.

Volvemos ahora sobre el tema, pues aunque esos dos combates y muchos otros probaron la superioridad de los galeones sobre las galeras y buques semejantes, lo cierto es que la galera siguió siendo el buque de guerra habitual en el Mediterráneo, y los combates entre ellas algo común hasta bien entrado el siglo XVIII.

Las razones de que persistiese su uso son varias, pero perfectamente comprensibles: aunque muy inferiores en artillería y resistencia en combate frontal con un galeón, siempre o casi siempre podían evitarlo remando contra el viento y chasqueando así a sus más potentes enemigos. Otro medio de evitar una lucha no deseada era utilizar su escaso calado, muy inferior al de los veleros, cualidad que las convertía además en unos magníficos buques anfibios, especialmente en audaces golpes de mano contra la costa enemiga. También su velocidad y maniobrabilidad les hacía ser enemigos peligrosos en cualquier situación. Y desde luego, incluso una mediana galera era un formidable enemigo para cualquier mercante o pesquero poco defendido y un magnífico buque para practicar el corso. Así que tanto españoles como franceses o venecianos, turcos y berberiscos las siguieron utilizando hasta bien entrado el siglo XVIII, a veces en escuadras compuestas exclusivamente de ellas, a veces combinadas con veleros.

Un gran organizador



Duque de Osuna.

Como en el caso de los galeones de Ribera, el organizador de aquellas fuerzas navales que tantos éxitos consiguieron y tanto dieron que hablar fue el duque de Osuna, virrey primero de Sicilia y luego de Nápoles, posesiones por entonces de la monarquía española desde la época de los Reyes Católicos y del Gran Capitán, que recuperaban así el anterior dominio que sobre estos territorios italianos había ejercido la Corona de Aragón.

Don Pedro Téllez Girón, duque de Osuna, entre otros títulos, y Grande de España, consiguió tales gobiernos por sus fogosas intervenciones en el Consejo Real, al exponer la vital importancia estratégica de ambas posesiones. Osuna,

tras estudiar en Salamanca, tuvo la juventud turbulenta tan habitual en los españoles de su tiempo y, como tantos, procuró conseguir honores en las guerras de Flandes que hicieran olvidar sus errores y fechorías fruto de los pocos años. Y no cabe duda de que lo consiguió, distinguiéndose mucho en aquellas duras y complejas campañas, pero quedándole una visible cojera y la amputación del pulgar de la mano derecha de sendos tiros enemigos. Ahora dejó sentir poderosamente el peso de su fuerte personalidad en el Mediterráneo.

El viaje para tomar posesión del virreinato no empezó bien: envió por delante parte de su equipaje en una galera de Sicilia, que a poco fue apresada por dos grandes galeotas berberiscas. Afortunadamente, las diez galeras de Nápoles se las encontraron poco después, apresando a las galeotas y liberando la galera, y de paso rescatando el botín. Osuna embarcó en las de Nápoles y en ellas llegó a su nuevo destino.

Encontró que las galeras de Sicilia estaban muy desatendidas, debiéndose hasta 30 pagas a marineros y soldados, con corruptelas tales como que cobraban sueldo niños de pecho. Los buques no estaban bien atendidos ni pertre-

chados y la moral estaba baja. De remediar todo ello se ocupó Osuna, incluso de algo tan imprescindible como tener buenas y fuertes chusmas: «que coma y beba tan buen pan y vino como los criados de mi casa...con que, de doscientos y trescientos enfermos que solía haber de ellos, no hemos tenido el año pasado y éste sino ocho o diez».

También se encontró con toda una plaga de supuestos tullidos que se dedicaban a la mendicidad y a otras tareas poco claras. Dando muestra de su ingenio, organizó un concurso con apetitoso premio para tanto «pobre hombre» que, con el ansia por hacerse con él, «olvidó» sus minusvalías y demostró una agilidad y fuerza sorprendentes. Una prevenida guardia apresó a aquellos pícaros, con lo que Osuna logró dos objetivos simultáneamente: limpiar de indeseables la isla y conseguir hombres de remo para sus galeras.

Si la marinería y mandos eran hispano-italianos, la infantería embarcada era totalmente española, procedente del Tercio Fijo de Sicilia, cuna de la Infantería de Marina española, la más antigua del mundo, y cuyas compañías rotaban anualmente entre el servicio a bordo y el de guarnición de las fortalezas de la isla. Y aquellos veteranos, curtidos en muchas campañas por tierra y por mar, figuraban entre los mejores de la por entonces mejor infantería del mundo.



Maqueta mostrando la proa artillada de una galera. (Foto: cortesía de C. Busquets).

Buscando más tener buenos barcos que muchos, reorganizó la escuadra de galeras, dejándola en nueve buques: la *Capitana*, un buque espléndido y con una suntuosa decoración, con 30 bancos y 360 forzados, es decir, seis por remo, cuando lo habitual eran cuatro, armada con siete cañones en vez de los cinco habituales y con la guarnición reforzada por 170 mosqueteros, lo que le daba una formidable potencia de fuego. Formaron así la escuadra las *Capitana*, *Patrona*, *Escalona*, *Gerona*, *San Juan*, *San Pedro*, *Fortuna* y *Belmonte*.

Llaman la atención las dotes de organizador de Osuna que, como soldado veterano, bien sabía lo que valía la paga a punto y el estar bien atendidos, entrenados, armados y equipados para el rendimiento de los combatientes. También el saber recompensar los méritos de los subordinados más dedicados, y relegar sin dudas a los que no valían. Es notorio, y le causó no pocos problemas con la Corte de Madrid, el que ignorara normas, procedimientos burocráticos y administrativos, que normalmente sólo servían para retrasar y entorpecer las cosas.

Pero, y aunque gran organizador y buen soldado, no tenía gran experiencia naval, y además su alto cargo de virrey le impedía hacerse cargo de la escuadra, por lo que delegó su mando en manos veteranas y bien probadas.

Los primeros éxitos

El primer golpe lo consiguió al enviar a seis de sus galeras al mando de don Antonio de Pimentel contra Túnez. Allí tenía su base un renegado inglés, llamado Dancer, que había preparado diez veleros bien armados con los que atacar el comercio de Indias.

Las galeras llegaron de noche y por sorpresa, embarcando en los esquifes cien soldados, que se dirigieron hacia los buques fondeados, los tomaron al abordaje, haciendo huir a los sorprendidos enemigos, quemaron siete con los artificios de fuego que llevaban preparados y sacaron del puerto a remolque al mayor de ellos, un gran buque de mil toneladas, y dos más pequeños, dando un gran golpe sin apenas pérdidas. Ocurrió la sorpresa el 23 de mayo de 1612.

De vuelta a Sicilia, las galeras se encontraron con siete de Nápoles, acordando repetir el ataque en Bizerta, que los tunecinos estaban convirtiendo en base naval, creando, entre otras cosas, una nueva atarazana. De nuevo se consiguió la sorpresa, y buques, almacenes y atarazana enemigos fueron quemados, con pérdida de 500 muertos por apenas diez de los asaltantes.

Los turcos quisieron tomarse venganza, haciendo lo propio en Mesina. Camuflaron el intento con dos naos bien cargadas, que simulaban ser venecianas y querer entrar a comerciar, estando apoyadas a alguna distancia por cuatro galeras y varias galeotas de Azán Bey. Pero Osuna no se dejó engañar, tomó las naos con dos compañías de soldados, y las galeras se apoderaron de dos de las enemigas y de tres galeotas, haciendo huir al resto.

Asumió el mando de las de Nápoles don Octavio de Aragón, también soldado veterano de Flandes, que pronto pasó a mayores intentos, como el de Chicherí, en el que tomó el castillo, con muerte de 800 enemigos, quemando cuatro buques allí fondeados.

Fortalecido así el ánimo de las galeras, emprendió poco después una empresa mucho más arriesgada, navegando por el Egeo y a la busca de las galeras de Mahomet Bajá, que estaba por esas aguas recabando impuestos a las poblaciones. A poco las encontró, y sin dudarle, pese a que eran ocho galeras españolas contra diez enemigas, se decidió al ataque. Los turcos navegaban en una curiosa formación: con cinco galeras al frente, dos más retrasadas y tres más en retaguardia. Aquello fue aprovechado por don Octavio de Aragón para acometerlas y abrumarlas antes de que se reunieran. El resultado fue que, tras una hora de combate, había apresado a las siete primeras y hecho huir a las tres restantes. Muy desprevenidos debió de coger a los turcos, pues solo se informó de seis muertos y treinta heridos entre los soldados españoles, aunque debió de haber más bajas en tripulaciones y chusmas. El resultado fue espectacular, pues seis de las apresadas eran galeras de 26 bancos, y de 25 la restante. Se calcula que murieron 400 enemigos, entre ellos su jefe, curiosamente hijo del Alí Pachá vencido y muerto en Lepanto, haciéndose 600 prisioneros y liberándose a mil doscientos esclavos cristianos.

Con las presas remolcadas volvieron los triunfantes españoles a Mesina, donde fueron recibidos apoteósicamente, no sin que poco antes, y casi embocando ya el puerto, pasaran grave peligro por un temporal.

Intentaron, por entonces, hacer los turcos un nuevo asalto contra Malta, que no fue sino una sombra del gran asedio de 1565, tanto por la fuerza empleada como por su escasa determinación. Apenas desembarcados hombres, artillería y pertrechos, aparecieron por aquellas aguas las galeras de don Octavio de Aragón, ante lo cual los turcos, aterrorizados, dejaron en tierra cañones y pertrechos, reembarcaron a toda prisa y se dieron a la fuga, no sin que antes las galeras de Osuna hundieran en la persecución una enemiga y apresaran otra. A tales niveles había descendido por entonces la moral de lucha otomana.

Se nombró por entonces capitán general del Mediterráneo, cargo vacante desde Doria, a don Manuel Filiberto de Saboya, más por política y ser sobrino de Felipe III que por sus merecimientos. De nuevo y como en Lepanto, se formó una liga con el papado, que aportó seis galeras, y otras tantas Toscana y la Orden de Malta, cuatro de Génova y 38 de España, con un total de 60 galeras y 12 naos con provisiones. Iban en vanguardia dos de Osuna, al mando de don Diego Pimentel, cuando a cosa de nueve millas de Navarino se topó con otras dos otomanas. A la primera andanada española cayó la entena de una de ellas, que se rindió en una hora de lucha, siguiendo luego la otra. Se descubrió que eran, nada menos, que las capitanas de Alejandría y de Damietta; en ellas se produjeron 100 muertos y se hicieron 300 prisioneros, liberándose a 400



Felipe III.

cautivos cristianos, que colaboraron para ello en la medida en que pudieron, pues según contaron las crónicas de la época «se negaron a bogar, sacudieron los hierros y clamaron todos a una: ¡Viva Jesucristo y la libertad!».

Pero al oír el estruendo del combate, salieron otras tres galeras otomanas de Navarino dispuestas a tomarse la revancha. Los soldados querían abandonar las remolcadas presas y confiar en la huida. Don Diego Pimentel se negó a ello y, aprovechando las sombras de la noche, burló a las perseguidoras, entrando triunfante en Mesina. Sin embargo, y aparte de este buen golpe, la gran expedición logró poca cosa, seguramente por la inexperiencia del jefe supremo.

Nuevas victorias en el Egeo y en aguas de Estambul

Por entonces, en agosto de 1613, don Pedro de Aragón consiguió otra espectacular victoria en Chíos. Navegaba por el Egeo con sus ocho galeras cuando se vio sorprendido por la aparición de velas enemigas. Los españoles estaban fondeados en una cala y temieron ser atacados por la escuadra turca de 30 galeras que sabían patrullaba aquellas aguas. Pero la escuadra turca se había dividido en tres agrupaciones iguales, y fue una de estas, la de Chipre y Rodas, la que los atacó. De nuevo eran diez galeras turcas contra ocho españolas, pero nadie dudó del resultado: de la primera descarga a bocajarro los españoles hundieron la capitana enemiga y luego tomaron siete más apresadas, huyendo las dos restantes.

Esta vez la victoria fue mucho más dura de obtener que las precedentes, pues se registraron 226 muertos entre las españolas, pero se hicieron 1.300 al enemigo, se le tomaron 458 prisioneros y se liberaron 2.220 cristianos de las chusmas.



Galera atacando a un galeón por la popa, estampa frecuente en la primera mitad del siglo XVII.

A todo esto, el duque de Osuna había dejado su virreinato de Sicilia por el más importante de Nápoles. Allí acudió con muchos de sus experimentados veteranos y con algunos de los buques, de su propiedad.

Poco variaron las campañas: el 3 de septiembre de 1616, don Octavio de Aragón, con ocho galeras de Nápoles y dos de Malta, encontró en las costas griegas a las doce galeras del renegado calabrés Azán (o Arzán, según las crónicas), que llevaba consigo dos mercantes genoveses apresados recientemente.

Se sucedió una dura batalla de dos días: en el primero se peleó a distancia, con la artillería y maniobrando, por lo que los cristianos tuvieron 17 muertos y 60 heridos por 75 y 200 sus enemigos, con menos cañones y menos diestros en su uso. Al segundo, viendo al enemigo ya «ablandado», se pasó al abordaje, apresando cinco galeras, hundiendo otra y recuperando las presas genovesas; el jefe enemigo resultó muerto y fueron apresados 250 turcos.

La audacia de los españoles no tenía límites, pues poco después, el mismo jefe, con nueve galeras, merodeó por aguas de Estambul, llegando a cañonearlo como desafío. Salieron en su busca treinta airadas galeras turcas, a las que se dio esquinazo por la noche. La argucia fue hacerlas seguir el fanal encendido de la capitana española, mientras las otras se ponían a salvo en lugar acor-

dado de antemano. Cuando los turcos ya esperaban la amanecida para caer sobre los españoles, la capitana apagó su fanal, cambió el rumbo despistando por completo a sus perseguidores, y a boga forzada se reunió con el resto. Aún siguió don Octavio la correría hasta Alejandría, tomando de paso diez grandes mercantes enemigos, los llamados por entonces «caramuzales». Y no sería la única vez que las galeras desafiaron al enemigo en aquellas aguas y le hiciesen en ellas sustanciosas presas.

En la primavera de 1617, Mahomat Asan, con seis galeras, se dedicaba a recorrer las costas de Calabria, saqueándolas. Salió a su encuentro don Pedro Pimentel, con dos galeras de Nápoles y una de Malta, junto con dos fragatas de remos, que en ese escenario y época eran poco más que grandes botes artillados de un solo palo, como minúsculas galeras. Incluso contra fuerzas dobles se atrevían ya los cristianos. De nuevo el combate no tuvo color: la de Malta rindió a la capitana enemiga, donde su jefe, con una pierna arrancada de un cañonazo, no tardaría en morir, se hundió otra y dos más fueron apresadas. Se liberaron 320 cautivos y se apresaron 300 enemigos.

Poco después, el duque de Osuna tuvo la humorada de enviar a tres de sus galeras, por completo disfrazadas de turcas, con tan buena maña que llegaron a hacer cundir el temor en las costas cristianas. Su jefe era el capitán Simón Costa, y su gran éxito, más por lo económico que por lo militar, fue apresar la gran galera de la propia sultana, repleta de riquezas.

En 1618, don Octavio Aragón, de vuelta de otro *raid* por los Dardanelos, arribó sobre la costa levantina española, con tan buena fortuna que en varios combates apresó o hundió una veintena de los muchos corsarios berberiscos que las infestaban. Al año siguiente, con seis de las suyas, acorraló y rindió a la capitana turca de Santa Maura, haciendo 60 prisioneros y liberando 180 cautivos, costándole la presa siete muertos y ocho heridos.

Todos estos combates parciales, y algunos otros menores que no hemos citado, equivalían a un pequeño Lepanto, sin citar el épico de Celidonia obtenido por otro hombre de Osuna, el ya citado don Francisco de Ribera, que, al mando de cinco buenos galeones y un patache se impuso a toda la fuerte escuadra turca de 55 galeras en esas aguas chipriotas en una durísima lucha de tres días consecutivos, como recordará el lector.

Ahora bien, y sin restar méritos al gran duque de Osuna, lo cierto es que los turcos ya no eran ni sombra de lo que habían sido antes de Lepanto, ni por el potencial numérico ni por su ya evidente retraso técnico, ni especialmente por la moral de combate. Antes de la gran batalla hubiera sido en extremo sorprendente que una galera turca se rindiera antes de agotar todas sus posibilidades, y ya habrá notado el lector que en muchas de las apresadas por entonces se hicieron más prisioneros que muertos y, por el contrario, las relativamente escasas bajas que costaron por lo regular esas victorias a los españoles.

No era tampoco Osuna el único que se atrevía a desafiar al «Gran Turco» en sus propias aguas. Cualquier interesado en la vida del famoso capitán

Alonso de Contreras sabe que practicó el corso por el Egeo con una o dos fragatas de remo, las más pequeñas embarcaciones de la familia de la galera, con bastante menos de cincuenta hombres entre soldados y marineros, un mástil y un solo cañón a proa. Tampoco era Contreras ni el único ni el más afortunado de esos corsarios cristianos, y ya Fernand Braudel en su gran obra *El Mediterráneo en los tiempos de Felipe II* describe, desde Lepanto al menos y con más fuerza luego desde comienzos de siglo XVII, la magnitud de esa oleada de corsarios cristianos que no dudaron en recorrer esas aguas y las del Oriente Medio, de Egipto a Chipre.

Éste es el escenario tan bien recreado por el novelista Pérez-Reverte en uno de sus relatos, *Corsarios de Levante*, cuya lectura recomendamos encarecidamente al lector, al que acabamos de confirmar, por si no lo sabía, que las hazañas descritas en la narración no son producto de la imaginación literaria del autor, sino basadas o inspiradas en hechos bien reales.

La caída de Osuna

Pero Osuna cayó en desgracia, en 1619 se vio destituido del virreinato, luego preso y sometido a investigación, muriendo el 24 de septiembre de 1624. A sus irregularidades administrativas —y a su defensa del corso, muchas veces en beneficio propio, lo que parecía moralmente reprochable en la Corte española—, se añadió su excesiva autonomía: no era el virrey de Sicilia o el Nápoles el que debía elaborar y ejecutar la estrategia general de la inmensa monarquía española de la época, ni podía comprometerla, ya evidentemente cansada, acometiendo empresas por su cuenta, como la liberación de Grecia del dominio turco, que había hecho retroceder al mismo Felipe II, ni en buscar complicaciones con Venecia, como la famosa «Conjuración» (donde se vio implicado nada menos que el gran literato Francisco de Quevedo, que pudo escapar por los pelos, y escenario de otro relato de Pérez-Reverte, el último hasta ahora de la serie de su «Alatriste») y la guerra no declarada pero cierta, como probó el combate de Ragusa, cuando en Europa ya comenzaba la espantosa, larga y durísima «Guerra de los Treinta Años».

A todo ello, por supuesto, se unieron las habituales intrigas de la corte, la inquina de Olivares, su gran competidor y enemigo y la tradicional envidia española, que puede ser un tanto hipócritamente comprensiva con el que fracasa, pero que no soporta al que triunfa.

En cualquier caso, su paso por los virreinos italianos supuso uno de los momentos más afortunados de las galeras españolas, entre 1612 y 1619, cuando no ya las fuerzas enteras de la monarquía, sino simplemente las escuadras de galeras de Sicilia y Nápoles, con apoyo en alguna ocasión de las galeras de la Orden de Malta, poco numerosas pero formidables, fueron capaces de desafiar y vencer al poderío naval otomano en sus propias aguas. Y, aparte de otros

combates, solo en los reseñados y durante seis años, los turcos perdieron nada menos que 32 galeras apresadas o hundidas, además de una buena cantidad de otros tipos de buques, por ninguna pérdida española, aunque alguna galera quedara inútil por averías. Lo que prueba terminantemente la entidad del declive naval turco tras Lepanto, que tantos siguen discutiendo y minimizando.

Otro Osuna hubiera hecho falta en las aguas del Mediterráneo occidental, donde los corsarios berberiscos, singularmente de Argel, pero también de Trípoli y Túnez, siguieron siendo una amenaza y un cruel castigo para el comercio marítimo, la pesca y nuestras costas levantinas, casi despobladas por ello hasta bien entrado el siglo XVIII. De librarnos de esa auténtica «guerra de desgaste» tuvo que ocuparse otro gran español, Antonio Barceló; pero esa es ya otra historia...



BIBLIOGRAFÍA

- BRAUDEL, Fernand: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Fondo de Cultura Económica, México, 1976.
- CONTRERAS, Alonso de: *Discurso de mi vida*. Espasa-Calpe, Colección Austral. Madrid, 1988.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *El Gran Duque de Osuna y su Marina*. Renacimiento, Madrid, 2006.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *La Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, Editorial Naval, Madrid, 1972, Vol. III, cap. XXI, pp. 335-351.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín Ramón: *Galeras españolas: del Egeo al Mar de la China*. NAVANTIA, Colección Bazán, Madrid, 2007.